envejecido, y declarado republicano, juzga aun en su *Historia de la Restauracion* este acto tan grave y tan diversamente interpretado.

«Fue mas que un crímen, fue una falta;» tal es la frase que se presta á M. de Fouché, frase que M. de Fouché no dijo jamás, que se inventó *ex post facto*, como tantas otras, y que se apropió M. Dubois despues de la restauracion de los Borbones.

«No es una falta, es un crímen» dice M. de Vaulabelle, que por lo menos no ha cambiado jamás de casaca.

No es una falta, es un error, un accidente, segun M. Thiers, el mas imparcial y el mas político de todos los historiadores del grande hombre y del gran reinado.

Fue «un odioso asesinato, una condenacion injusta é ilegal, el crímen de algunos hombres y no el crímen de las leyes» ha dicho el mas eminente de nuestros jurisconsultos, M. Dupin mayor. Y aun añade: «Esta muerte deshonró al gobierno consular,» encontrándose en esta frase sin pensarlo, con un historiador apasionado y ciegamente enemigo de la Francia y del emperador. «Esto fue y será para siempre, dice sir Walter Scott, la tacha mas visible y mas indeleble que ha manchado el carácter de Napoleon Bonaparte.» (*It has been and must for ever remain the most marked and indelebile blot upon the character of Napoleon Buonaparte.*)

¡*Asesino*! esclama Gustavo Adolfo al saber la ejecucion de un Condé. Es una *maldad*, proclama á sus pueblos el rey de Prusia, Federico Guillermo III; y el emperador Alejandro I de Rusia, olvidando sobrado pronto cuán frecuentemente son injustos esos juicios precoces que condenan á los poderosos, lanza contra Napoleon esta calificacion odiosa entonces, y mas adelante ridícula, de *bestia salvaje y ogro de Córcega*.

En Ginebra, en los bosques vírgenes de América, en París mismo, en medio de los esplendores del imperio, el espiritu liberal, el espíritu parlamentario, el espíritu literario, se reunen para execrar de consuno al héroe que se cambia en matador, dice M. de Chateaubriand; al asesino que viola todas las leyes divinas y humanas, dice Mad. de Stael; al Tiberio, dice M. de Fontanes, al rey perverso, cuyos remordimientos vengaran á todo el mundo.

Escuchemos ahora á los admiradores de Napoleon I; ellos nos dirán, que la muerte del duque de Enghien fue una funesta necesidad; nos recordarán esas tentativas criminales, repetidas incesantemente, que amenazaron la vida del elegido de Francia; nos mostrarán al asesino instalado en todas las fronteras de la nacion y ocultándose audazmente en el mismo París; añadirán que el duque de Enghien conspiraba y que fue justamente condenado. Pero dirán tambien, que estos dolorosos sacrificios deben cubrirse con un velo, y que la historia debe pasar con los ojos bajos ante esa sangre fatalmente necesaria y justamente derramada.

Finalmente, el mismo Napoleon ha juzgado á Bonaparte, porque es justo, en semejante materia consultar tambien á aquel á quien se acusa ó á quien se absuelve. Pero aquí se ofrecen nuevas incertidumbres. El tambien pronunció la palabra *falta*, falta *inútil* y *nociva*. Pero si dijo esto Napoleon, tambien dijo todo lo contrario: que esto era *necesario*, *útil*, *merecido*; *volveria á hacer lo mismo*.

Pero aun hay mas. Hay diversidad de pareceres hasta sobre el autor del hecho. Fue Talleyrand, ha dicho uno; fue Savary, ha dicho otro; fue Fouché, fue Real, afirma un tercero.

Hé aquí las diversas y vagas apreciaciones que nos suministra la historia sobre esta causa de que vamos á dar cuenta. Nuestra tarea no consiste en añadir una opinion mas, sino solamente en presentar al lector todos los elementos de la causa. Tal vez se comprenderá entonces, sin que tengamos que formular una opinion personal, cómo pudo dar lugar un mismo acto á tan contradictorias interpretaciones, aun de parte de su autor. La pasion, la ignorancia de los hechos, la influencia de las circunstancias esteriores, la falta de perspectiva histórica, todas estas causas de error han podido y debido estraviar á la mayor parte de los notables jueces, cuyas opiniones acabamos de referir. Hoy es permitido desentendernos de todas estas condiciones embarazosas. En el dia no influyen ya las pasiones políticas, y debidamente instalado Napoleon en la historia, no inspira ya odios pueriles ó ciegos mas que á los entendimientos rezagados. Han variado las circunstancias asi como los hombres: los hechos son conocidos, y en fin, los acontecimientos han retrocedido á un punto que permite ya abrazarlos todos á la vez.

Numerosos son los documentos que hay que consultar sobre la causa del duque de Enghien, pero raras veces es admisible su autoridad.

Los primeros que deben examinarse, son las piezas mismas del proceso. Tenemos algunas de ellas, pero no las tenemos todas, por haber desaparecido el proceso de los archivos de la secretaría de Estado en 1814, de suerte que solo se encuentran algunas minutas de las duplicadas de ciertas piezas que se presentaron mas adelante por algunos interesados. En 1823, la publicacion de un estracto de las Memorias del duque de Rovigo (Savary), que contiene una justificacion de la conducta del autor en este asunto, provocó un cúmulo de respuestas, justificaciones y acusaciones, entre las cuales se encuentran algunas indicaciones útiles. De estos folletos serios ó futiles, son los mas importantes: el del duque de Vicencio (Caulaincourt); el del señor general baron Hullin, atribuido á M. Dupin mayor; y sobre todo, el que ha confesado ser suyo, ya que no haber firmado, el célebre jurisconsulto. El *Memorial de Santa Helena*; *Napoleon en el destierro*; diario de *O'Meara*; las *Cartas escritas desde el Cabo*, ó *Refutacion de las del doctor Warden*; las *Memorias* del honrado y verídico M. de Meneval; el *Testamento* del emperador, contienen sobre el pensamiento de Napoleon noticias preciosas, pero que no deben acogerse sin exámen y correctivo. Las *Memorias y viajes del duque de Enghien*, precedidas de una Noticia sobre su vida, por el conde de Choulot (1841), son tambien dignas de consultarse.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación